

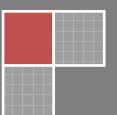


El educador cristiano: testigo de Jesucristo

*Perfil del educador cristiano a la luz de la carta apostólica en
motu proprio Porta Fidei de Benedicto XVI*



Pedro Martínez González
Colegio "La Milagrosa" – Totana





“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.¹

La educación no es sólo un proceso de adquisición de conocimientos. Entenderla como tal nos llevaría a una profunda reflexión entre los términos educación y adoctrinamiento. Cuando el proceso educativo se transforma en adoctrinamiento deja de ser un proceso propiamente dicho para convertirse en una consecución de teorías a memorizar. La educación va más allá de esta simplicidad intelectual, educar es formar, y formar es crear pensamiento y capacidad de reflexión. El alumno/a no es un mero objeto de mi acción, sino que es la arcilla de Dios puesta en mis manos para ser co-creador de persona y no de un simple autómatas desvinculado de pensamiento. Muchos autores hablan de la necesidad de “reinventar” la escuela; creo que no es cuestión de reinventar, sino de recuperar los valores y fundamentos propios de la misma. Las nuevas tecnologías no varían un ápice estos valores, antes bien, son un medio para su potenciación y desarrollo.

La Declaración “Gravissimus educationes” afirma: *“Hay que ayudar, pues, a los niños y a los adolescentes, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, para desarrollar armónicamente sus condiciones físicas, morales e intelectuales, a fin de que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en la cultura ordenada y activa de la propia vida y en la búsqueda de la verdadera libertad, superando los obstáculos con valor y constancia de alma. Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual. Hay que prepararlos, además, para la participación en la vida social, de forma que, bien instruidos con los medios necesarios y oportunos, puedan participar activamente en los diversos grupos de la sociedad humana, estén dispuestos para el diálogo con los otros y presten su fructuosa colaboración gustosamente a la consecución del bien común.”*

“Hay que ayudar”, esta es la clave esencial para poder comprender el verdadero sentido y significado de la educación como proceso. Guiar al sujeto en el conocimiento de su propio yo; posibilitar la reflexión sobre su propia identidad ante el mundo que le rodea. Un mundo que se le presenta como nuevo, abierto a infinidad de posibilidades en positivo y en negativo. La misión del educador no es decir lo que es bueno o malo, sino propiciar la reflexión sobre ello para llegar a la conclusión desde el discernimiento y no la imposición. *“La relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la*

¹ Benedicto XVI, Deus caritas est.



libertad. A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano².

Esta tarea no se corresponde con ningún nivel educativo en concreto ni con ninguna materia determinada, y craso error sería considerar que tal etapa o materia es la encargada de esta tarea. Es un proceso evolutivo que comienza con la escolarización y concluye con el final mismo de la vida. En este proceso entran en juego todos y cada uno de los educadores, y cada uno tiene la misma responsabilidad correlativa por ser la educación en sí misma un proceso. Los valores fundamentales del ser humano y la capacidad reflexiva, no se improvisan a tal o cual edad, se forman desde el inicio de la vida humana y se desarrollan desde la familia y la escuela como corresponsables de una misma tarea.

La escuela en general es el ámbito propio de la educación, una educación que debe de partir y ser complementada desde la familia como primera escuela. Por eso, el perfil de educador es importantísimo en esta tarea. El educador no es quien enseña, es el “maestro” de vida. Los valores culturales de cada contexto histórico están sujetos al devenir de la época. El maestro no es quien se sujeta y rige por esos valores “temporales”, sino por aquellos que trascienden cualquier época y contexto. Tener claro cuáles son estos valores constituye la educación en verdadero proceso vital. La esclavitud fue considerada un valor en un momento y contexto concreto, lo cual no la convertía en tal. La solidaridad es, en cambio un valor esencial al ser humano y lo constituye en tal. La fe, como búsqueda de la Verdad y encuentro con el “otro”, viene en auxilio de la pervivencia de estos valores fundamentales: *“Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas³”*. Los tejidos culturales a los que hace referencia el Santo Padre son cambiantes, vienen determinados por corrientes culturales o políticas, influenciados por pensamientos o contextos sociales. Como bien se desprende de estas palabras, vivimos un momento de profunda crisis de fe cuya repercusión directa la encontramos en la vivencia de fe de muchas personas; esta vivencia tiene su reflejo en los ámbitos educativos, puesto que estos son el germen del futuro: si se educa en el descontento, el educando lo vivirá como una opción obligatoria. Frente a esto, es necesario llevar de nuevo a la escuela valores fundamentales que hagan recuperar la

² Benedicto XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21 enero 2008

³ Benedicto XVI, “Porta Fidei” (2)



esperanza y la utopía como una realidad potencialmente posible. La educación tiene mucho de esperanza, si intentamos por un momento desvincular ambos términos, comprobaremos que la educación carece mucho de sentido sin el valor de la esperanza.

Para el educador en general, recuperar la esperanza es un objetivo; para el educador cristiano es una necesidad, una urgencia: *“Sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve asechada desde muchas partes, y también nosotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de convertirnos en hombres "sin esperanza y sin Dios en este mundo", como escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (Ef 2, 12). Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida. Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo Él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor⁴.”* El educador cristiano no puede vivir al margen de los valores del Evangelio, no puede desarrollar su labor como si el nombre de Cristo no significase nada. Para el educador cristiano es “Cristo Maestro” el punto de referencia y el modelo en el que se ha de mirar. Desde Cristo como punto de partida, la recuperación de la esperanza se convierte en una urgencia: *“Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1)⁵”.*

La esperanza cristiana no se circunscribe a modelos económicos, políticos o sociales; la esperanza cristiana se vincula con el Reino de Dios, y no puede darse uno sin la otra. La escuela católica no debe de ser nunca un ámbito de adoctrinamiento, sino un espacio de anuncio del Evangelio, el germen del Reino de Dios como realidad. Los encargados de la educación no ven en el educando un sujeto de conocimiento, sino una posibilidad de transformación del mundo y de la presencia de Cristo. La escuela católica es, necesariamente, la casa de Nazaret, el espacio propicio de encuentro con Cristo niño y adolescente que crece no sólo en edad y cuerpo, sino también en sabiduría. El educador cristiano asume la tarea de José y María en el desempeño de este crecimiento. El niño y el joven, en muchas ocasiones,

⁴ Benedicto XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 enero 2008

⁵ Benedicto XVI, “Porta Fidei” (14)



se encuentra con dos realidades muy distintas: una en su propio entorno social donde, muchas veces, se desenvuelve en ambientes desestructurados y faltos de experiencia de esperanza. La otra la constituye su centro educativo, donde convive con sus compañeros y es sujeto de educación. Por lo general, lo que se vive en el primero de los ambientes se proyecta en el segundo. Es por ello que el educador no puede desentenderse de la realidad cotidiana del alumno y tratarlo como si esta no existiese. También es cierto que esto no se le puede exigir al educador en general, pero sí al educador cristiano. Para él ambas realidades son constitutivas del proceso educativo, por lo que se le puede exigir una mayor implicación. Esta implicación no es exigible por motivos laborales, sino por necesidad y urgencia evangélica. Cristo Maestro no se desentiende de la realidad cotidiana de nadie. Cristo está atento a las necesidades y, el educador cristiano, ha de ser “alter Christus” (otro Cristo) para el mundo. Jesús acoge, escucha, comprende, tiende su mano, está atento y, sobre todo: su palabra es Esperanza y Amor.

“La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40)⁶”.

Reconocer el “rostro de Cristo” no se limita a las realidades sociales de forma global. Nuestros colegios, y sus niños, son por lo general el reflejo de nuestras sociedades. Ellos repiten los roles que aprenden y proyectan su vida desde parámetros de identidad. Para el educador cristiano esta realidad no queda al margen de su acción. Él también es responsable de esos roles por lo que el educando aprende de él. Jesús niño no improvisa su educación, sino que va descubriendo su ser Dios a través de la experiencia de fe recibida y vivida. No pierde su divinidad, pero es verdadero Dios a la vez que verdadero hombre. En el calor del hogar aprende los valores fundamentales, comprende el significado de la Escritura y descubre la necesidad de su misión. La sinagoga (la escuela de la época) es el refuerzo de todo ello, allí se empapa de la pedagogía divina para descubrir su ser ese Dios que transforma la historia en Historia de la Salvación. No quedan al margen los rabinos encargados de enseñar la Escritura, ellos testimonian con su propia vida y palabra la acción de Dios. El educador cristiano es transformado por su propia identidad de cristiano. El Dios de la Historia de la Salvación no es sólo teoría, es praxis, es modelo, es identidad. Cuando el maestro habla de la necesidad de la ecología no puede hacerlo desvinculado del mensaje de la

⁶ Ídem.



Creación en el que el ser humano es puesto en el centro como responsable de su cuidado. Enseñar matemáticas se transforma en descubrimiento de Dios en la ciencia cuando se descubre la infinitud de la eternidad y la importancia del desarrollo de la ciencia como valor, en tanto que desarrollo de las capacidades del ser humano. El inglés o el francés no es sólo una lengua más que aprender, es una posibilidad de diálogo y encuentro con el otro, un compartir cultural y una ocasión de anuncio del Evangelio.

¿Qué transforma una mera enseñanza en otra? La actitud del docente. *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*⁷. El educador cristiano no deja al margen a Cristo, lo hace presente con su palabra y su propia pedagogía. Para ello no es necesario estar continuamente hablando de Cristo, pero sí estar continuamente actuando como lo haría Él. Su presencia no es simbólica, sino real y permanente. De esta forma, el educando no ve en el maestro al sujeto que le transmite conocimientos, sino al Maestro que guía su desarrollo intelectual, personal y moral.

*“Los educadores cristianos, como personas y como comunidad, son los primeros responsables en crear el peculiar estilo cristiano. La dimensión religiosa del ambiente se manifiesta a través de la expresión cristiana de valores como la palabra, los signos sacramentales, los comportamientos, la misma presencia serena y acogedora acompañada de amistosa disponibilidad. Por este testimonio diario los alumnos comprenderán «qué» tiene de específico el ambiente al que está confiada su juventud. Si así no fuera, poco o nada quedaría de una escuela católica”*⁸.

Para el educando, descubrir la especificidad del centro donde se está formando es muy importante. Pero más importante aún será descubrir en su educador que esos valores de los que habla, no son solamente teorías, sino palabras de Vida porque emanan del propio testimonio. Decir a un alumno/a que la fe es importante, carece de relevancia sino viene respaldado por el propio ejemplo. ¿Cómo? Bien sabemos que no es necesario “hacer” grandes cosas para ser testigos de Cristo, esto se “nota en el ambiente”, y en lo particular. *“La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó”*⁹. Para ello es necesario también que el propio educador esté en constante formación, nadie puede dar lo que no tiene. La formación teológica

⁷ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1

⁸ Congregación para la educación Católica. *Dimensión de la educación religiosa en la escuela Católica*.

⁹ “Porta Fidei” (6)



y espiritual es fundamental en el desarrollo de la fe. Benedicto XVI nos lo recuerda con insistencia en su carta "Porta Fidei" (10): *"Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que, cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor"*.

La escuela católica tiene como positivo, entre otras muchas cosas, ofrecer a sus profesores estos espacios de formación continua, de conocimiento de la Sagrada Escritura, de encuentro de pensamiento y de profundización de la fe. Esta profundización se debe de realizar en dos aspectos complementarios: una formación personal e individual que posibilite el encuentro personal con Cristo; y una formación comunitaria que posibilite la vivencia en comunidad y la unión de objetivos. La comunidad educativa crecerá, así, en las dos líneas: como sujetos individuales que buscan encontrarse con Cristo y como comunidad de hermanos que caminan unidos en la consecución de un mismo objetivo y un mismo ambiente:

"Desde el primer día de su ingreso en la escuela católica, el alumno debe recibir la impresión de encontrarse en un ambiente nuevo, iluminado por la fe y con características peculiares. El Concilio las resumió en un ambiente animado del espíritu evangélico de caridad y libertad. Todos deben poder percibir en la escuela católica la presencia viva de Jesús «Maestro» que, hoy como siempre, camina por la vía de la historia y es el único «Maestro» y Hombre perfecto en quien todos los valores encuentran su plena valoración. Pero es preciso pasar de la inspiración ideal a la realidad. El espíritu evangélico debe manifestarse en un estilo cristiano de pensamiento y de vida que impregne a todos los elementos del ambiente educativo (...) Los educadores cristianos, como personas y como comunidad, son los primeros responsables en crear el peculiar estilo cristiano. La dimensión religiosa del ambiente se manifiesta a través de la expresión cristiana de valores como la palabra, los signos sacramentales, los comportamientos, la misma presencia serena y acogedora acompañada de amistosa disponibilidad. Por este testimonio diario los alumnos comprenderán «qué» tiene de específico el ambiente al que está confiada su juventud. Si así no fuera, poco o nada quedaría de una escuela católica¹⁰".

Esta necesidad y búsqueda debe de implicar también, de una forma directa, a los padres. Ellos son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los colaboradores del educador. Esta implicación sólo se hace posible desde el encuentro continuo y colaborador entre los padres y el educador. Ellos no deben ser meros

¹⁰ Congregación para la educación Católica. Dimensión de la educación religiosa en la escuela Católica.



agentes legales, sino verdaderos responsables. La estructura social moderna dificulta mucho esta necesidad. Unas veces por problema laboral y de horario, y otras por desentendimiento consciente, esta labor se convierte, quizás, en uno de los mayores obstáculos en la labor del profesor. Incluso, en ocasiones, el educador se ve obligado a llevar esta misión sin la ayuda de los padres o, incluso, en contra de la mal entendida preocupación familiar. Los padres pueden llegar hasta el punto de convertirse en un verdadero obstáculo; el docente no debe, en ningún caso, renunciar a su propia conciencia en la búsqueda del bien del alumno. La llamada de Cristo al bien está por encima de todo, lo cual no quiere decir que no pueda equivocarse y rectificar; pero en ocasiones deberá de buscar los medios necesarios para hacer entender a los padres que la educación de sus hijos está más allá de un mero “colegismo” o excesiva protección. Puede que sea este uno de los aspectos más áridos a los que se enfrenta el docente en la actualidad, y sin duda los conflictos no son pocos ni menores. Pero ante esta situación hemos de recordar la palabra de Jesús: “no juzguéis y no seréis juzgados”. Ninguno de nosotros puede juzgar las condiciones sociales, económicas o personales de las familias. Nuestra misión es acompañarles, guiarles a la Verdad y caminar con ellos; no condenar su culpa. En definitiva: buscar puentes de unión entre los padres y los hijos, ser transmisores de amor de Dios Padre en el Hijo.

“Tanto entre los padres como entre los profesores, y en general entre los educadores, es fuerte la tentación de renunciar; más aún, existe incluso el riesgo de no comprender ni siquiera cuál es su papel, o mejor, la misión que se les ha confiado. En realidad, no sólo están en juego las responsabilidades personales de los adultos o de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben ocultarse, sino también un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida. Entonces, se hace difícil transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los cuales construir la propia vida¹¹.”

El profesor cristiano ha de estar apasionado por la realidad, porque la realidad es positiva, es buena, está bien hecha. El profesor cristiano se complace con las cosas, celebra las cosas,... ama las cosas. Porque quien no ama aquello que enseña no es profesor. "No se entra en la verdad si no es por el amor" (San Agustín).

Si el profesor ama las cosas, le importa y se interesa por ellas, ¡cuánto más amará a aquellos que tienen una identidad personal! (es decir, los destinatarios de su docencia). Se trata de querer su bien, amar su destino, su propia plenitud. Mediante ese amor al destino de los alumnos muestra el profesor, aún en medio del sacrificio, la verdad de sí mismo. Y se trata de acompañarles en ese camino de la verdad de sí mismos, o mejor, que enseña y muestra la verdad de ese niño, joven, acompañándolo.

¹¹ Benedicto XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 enero 2008



No somos los profesores el principio activo del aprendizaje y de la educación. Es el educando, niño o joven el protagonista y principio originario de nuestra acción.

“Puede ser útil identificar algunas exigencias comunes de una educación auténtica. Ante todo, necesita la cercanía y la confianza que nacen del amor: pienso en la primera y fundamental experiencia de amor que hacen los niños —o que, por lo menos, deberían hacer— con sus padres. Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico¹².”

El espíritu concreto de centro ha de ser el espíritu cristiano en primer lugar. En segundo lugar será la identidad propia del mismo, su espiritualidad determinada, la que marque las líneas de acción desde el proyecto educativo. Todo proyecto educativo debe, necesariamente, ser conocido por el profesor; es el proyecto educativo donde se marcan las líneas generales de acción concreta para llevar a su desarrollo la misión del fundador/a de la congregación concreta. Pero más allá de cualquier proyecto educativo concreto, existen unas directrices generales que son las que emanan del Evangelio mismo y se materializan en la vida y acción del fundador/a como testimonio de vida y de evangelización, por eso conocer su vida y obra serán un impulso y aliento para el día a día del profesor.

El profesor cristiano lo es en sí mismo. Es decir, primero se es cristiano y después profesor. Lo segundo se constituye en misión y lo primero en identidad: *“El testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Noticia¹³”*. Esto puede parecer obvio, pero conviene no olvidarlo, porque la identidad propia puede confundirse con la misión. La enseñanza es para nosotros motivo de evangelización, pero porque sentimos la presencia de Dios vivo en nuestras vidas y es él quien modela nuestra acción. De ello se desprende la necesidad de vivir una vida cristiana auténtica, asidua en los sacramentos y continua en la formación. El papa Benedicto XVI nos recuerda esta necesidad constante de oración y formación:

“Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. Hch 2, 42-47)¹⁴”.

Para el profesor cristiano, la formación se sustenta sobre cuatro pilares fundamentales:

¹² Idem.

¹³ Pablo VI, EN, 21

¹⁴ Porta Fidei, 13



1. **Formación humana**, en cuanto descubre su propio ser para el mundo. La búsqueda del bien, de la Verdad y de la justicia ha de ser una prioridad en todo momento. Por ello el docente no puede quedarse al margen del conocimiento del aquí y ahora, en el mundo sin ser del mundo.
2. **Formación espiritual**. Los espacios abiertos a la meditación y reflexión de la Palabra de Dios han de ser aliento en el camino de la vida. Buscar el encuentro personal con Cristo en la oración y los sacramentos, posibilitan que la riqueza de vida interior pueda ser transmitida a los demás. El testimonio emana directamente de la vivencia interior de la fe. Dice el refrán que los ojos son el reflejo del alma; esto en lenguaje cristiano se traduce en que el comportamiento de una persona es el espejo de su pobreza o riqueza interior. *“Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin¹⁵”*.
3. **Formación intelectual**. Toda persona debe de formarse constantemente, pero de una forma especial los encargados de la educación. Para un educador cristiano, esta formación constante se transforma también en una obligación moral, dado que su misión consiste en ofrecer el conocimiento adquirido. El panadero hace pan, y busca siempre formas nuevas de presentar el producto. El médico sana al enfermo, y se mantiene al día formándose sobre los nuevos descubrimientos para ponerlos al servicio de sus pacientes. El profesor se forma constantemente para poder ofrecer “lo último” a sus alumnos, descubriendo nuevos medios pedagógicos, profundizando en las nuevas investigaciones y conociendo los diversos estudios relacionados con su materia. Las ramas científicas de la educación recuerdan también al docente cómo existe esa relación intrínseca entre la fe y la razón, se necesitan una a la otra. *“Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad¹⁶”*.
4. **Formación teológica**. La fe no es racional, pero es necesariamente razonable. Podemos dar razón de aquello en lo que creemos y por qué lo creemos. El creyente necesita una formación al respecto, es decir una formación teológica que le ayude a profundizar en el mensaje de Salvación de Jesucristo, a conocer un poco más la Historia de la Salvación y cómo Dios se manifiesta a lo largo de ella. Conocer los sacramentos y la liturgia, la

¹⁵ Porta Fidei, 15

¹⁶ Ídem, 12



historia y el magisterio de la Iglesia constituye una necesidad para el creyente que busca profundizar en su fe. Esto es extensible a cualquier persona, no sólo el docente. Benedicto XVI, en *Porta Fidei* (11-12), nos invita a tener presente el Catecismo como medio principal de formación y poder redescubrir en él la formación teológico-espiritual necesaria para avanzar en el camino de la fe y poder llevarlo a cabo en la vida diaria y cotidiana: *“El Catecismo de la Iglesia Católica presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia (...) así pues, el Catecismo podrá ser en este Año de la fe, un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos”*. La alusión del Santo Padre a los que *“se preocupan por la formación de los cristianos”* nos toca directamente como docentes, dado que en nuestras manos está la formación de estos niños y jóvenes y, independientemente del área de formación, coexiste un eje transversal para el docente cristiano que, como ya hemos indicado anteriormente, proviene de su misma identidad como tal.

Exigencias básicas de una educación auténtica, que invite a vivir la vida en plenitud y que ayude a *poner un dique a la desesperanza*. El Papa da algunas pistas:

- *Una educación que no se limite a dar nociones e informaciones y que no deje al margen las preguntas sobre el sentido de la vida, en particular, la pregunta acerca de la verdad que pueda guiar la vida.*
- *Una educación que no busque proteger a los niños y jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, pues se corre el riesgo de formar personas frágiles y poco generosas.*
- *Una educación que encuentre el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. La relación educativa es un encuentro de libertades y se debe buscar conjugar la aplicación de las reglas de comportamiento y la propuesta de objetivos por los cuales valga la pena gastar la propia vida, con la progresiva autonomía y responsabilidad de quienes son educados.*
- *Una educación que suscite la valentía de las decisiones definitivas. Para dar auténtica consistencia a nuestra libertad, las decisiones definitivas son indispensables para crecer y alcanzar algo grande en la vida.*

Para esta propuesta educativa, el Papa insiste en la necesidad de educadores autorizados a las que las nuevas generaciones puedan mirar con confianza. Estos educadores deberán cuidar:



- *El acompañamiento personal del alumno. En un ambiente social en el que el aislamiento y la soledad es una condición generalizada, es decisivo este acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido.*
- *Educadores capaces de “formar una red” en la que se integren familias, escuela, comunidad eclesial y otras instancias educativas.*
- *Un educador que no se desinterese de la orientación conjunta de la sociedad a la que pertenecemos, de las tendencias que la impulsan y de las influencias positivas y negativas que ejerce en la formación de las nuevas generaciones.*
- *La figura del educador como testigo es especialmente importante cuando se trata de educar en la fe. El testigo no transmite sólo informaciones, sino que está comprometido personalmente con la verdad que propone, y con la coherencia de su vida resulta punto de referencia digno de confianza.*

Por último, cabe destacar la importancia de la vivencia de la fe de forma pública. Al igual que educamos de cara a la realidad y a la sociedad en la que nos movemos y, de una manera u otra, preparamos hombres y mujeres para esa sociedad, también hemos de recordar la importancia del redescubrimiento de la vivencia de fe públicamente. *“El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree”.* Tenemos la tarea de ayudar a nuestros niños y jóvenes a vivir la fe públicamente, sin miedo a los condicionamientos sociales. Esta vivencia de la fe conllevará la proclamación de la propia vida como un testimonio válido del amor de Dios. Es importante desterrar la fe social carente de significado para rehacerla en verdadera expresión pública de la fe vivida.

Sin duda, los retos planteados son muchos y no precisamente fáciles, pero no podemos por ello renunciar a su realización. Hemos de tener muy claro y muy presente que Aquel que nos llama a misión de educar, es quien nos capacita para ello y quien va por delante de nosotros abriendo el camino de la esperanza. No puede ser de otra manera, porque quien abre camino es quien nos dice: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.



Para el trabajo personal:

1. **¿Dónde crees tú que radica la diferencia esencial entre ser educador y ser educador cristiano? ¿Por qué?**
2. *“La relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano.”*

¿Crees que “el riesgo de la libertad” que apunta Benedicto XVI se da en la realidad en la que vivimos, en nuestro quehacer diario? ¿Dónde? ¿Cómo podríamos transformarlo?

3. *“Los educadores cristianos, como personas y como comunidad, son los primeros responsables en crear el peculiar estilo cristiano. La dimensión religiosa del ambiente se manifiesta a través de la expresión cristiana de valores como la palabra, los signos sacramentales, los comportamientos, la misma presencia serena y acogedora acompañada de amistosa disponibilidad. Por este testimonio diario los alumnos comprenderán «qué» tiene de específico el ambiente al que está confiada su juventud. Si así no fuera, poco o nada quedaría de una escuela católica”.*

¿Vivimos esto en nuestro centro? ¿Crees que es mejorable? ¿Cómo?

4. *“Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas”.*



¿De qué manera observamos en nuestra realidad cotidiana esto? ¿Dónde crees que está la raíz de esta crisis de fe a la que hace referencia el Papa? ¿Cómo podemos enfrentarnos a ello para transmitir la frescura de la fe a nuestros alumnos/as? Pon al menos tres ejemplos concretos de acción.

- 5. ¿Consideras que somos una comunidad educativa o más bien un grupo de educadores? Justifica tu elección e indica que podríamos hacer para crecer como una verdadera comunidad educativa según el texto anterior.**
- 6. Porta Fidei, la carta de Benedicto XVI, nos habla de la necesidad de la formación de los creyentes. Nos pone como modelo de formación el Catecismo de la Iglesia Católica. ¿Qué crees que podríamos hacer como comunidad educativa para crecer nuestra formación teológica y espiritual? ¿Cómo?**